

Murmullos

*Lo realmente bueno es luchar con determinación,
abrazar la vida y vivirla con pasión,
perder con clase y atreverse a ganar,
porque el mundo pertenece a quienes se atreven a vivir,
la vida vale demasiado como para ser insignificante.*

Charles Chaplin

Pociego 1961

Miedo en la mirada

—Portaos bien...

La voz de su madre apenas llegó hasta ellos. Mecánicamente se volvieron y agitaron sus pequeñas manos al aire, en señal de despedida. Llevaban varios días dando vueltas a un tema que los mayores no parecían darse cuenta.

—Ayer no salió de su habitación en todo el día— recordó Lolita con un deje de preocupación en su voz, en el cole ejercía el papel de hermana mayor.

Ajustó su mochila a la espalda y con paso decidido entró en la escuela seguida de Masín, el pequeño de la familia. Había heredado el nombre de su padre, Tomasín, que a su vez lo heredó del suyo, Tomás. Siguiendo la tradición familiar, se cerraría de nuevo el círculo y el hijo de Masín, se llamaría Tomás, como su bisabuelo.

Sí, el primo Ramiro estaba muy raro. Según los mayores, no le sucedía nada extraño. Decían que su novia Gelita le había dejado unos meses atrás después de ser novios durante todo el invierno y parte del verano pasado. Desde entonces se le había visto paseando de la mano en compañía de Julián, el hijo de don Carlos, el médico del pueblo.

Ramiro llevaba viviendo con sus tíos y sus primos cerca de tres años, desde que su madre falleció víctima de una enfermedad, que ni siquiera don Carlos pudo salvarla. Su padre había partido rumbo a Madrid, en busca de trabajo y jamás volvieron a saber de él.

No pasaba por ser una persona especialmente alegre, últimamente se había vuelto más introvertido y taciturno, sin embargo, lo que destacaba por encima de todo era el cambio que se había producido en su mirada. Ese cambio era lo que más preocupaba a Lolita y a Masín. En sus ojos habían visto miedo.

“¿Pero miedo a qué?”

Lolita regresó de la escuela dispuesta a averiguar los motivos que tenían a su primo en ese lamentable estado. Subió al coche de su madre ensimismada en sus pensamientos. Ella ya no era una niña, pronto cumpliría los diez años, y podía entenderlo todo. Su primo le caía muy bien, siempre le había tratado como si fuera mayor y su opinión la tenía en cuenta. No como los demás que no dejaban de recordarla que aún era una niña pequeña. Además, por si eso fuera poco, compartían secretos. No se comparten secretos con cualquiera, al menos a Lolita y a Masín les hacía sentirse diferentes que un mayor confiase en ellos.

Ramiro confiaba en sus primos.

Al aproximarse a su casa los tres se quedaron mirando, embobados, la pequeña congregación de personas que esperaban junto a la puerta. Con Masín tras ella, bajó del coche. Allí estaba don Ramón, el alcalde, la concejala y mujer de armas tomar, doña Nieves, Marilina, su desagradable y chismosa vecina con los rulos aún en la cabeza. Por su

derecha venían, a buen paso, el carnicero y Pepe el de telégrafos, seguidos a pocos metros por Justo, el cartero.

Sobre todos ellos destacaba la imponente figura de Marcial, que hacía las funciones de policía y guardia de tráfico en el polémico cruce de las dos calles principales de Pociego.

Al verles llegar, todos los vecinos se volvieron hacia Lolita, Masín y su madre. Nadie abrió la boca hasta que Marilina rompió el silencio con su voz estridente.

—¡Ay! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande!— con las manos implorando al cielo, avanzaba hacia ellos— ¿Quién podía pensar en una cosa así?

Conocida era la afición de Marilina por ser la primera en dar las malas noticias. Poco importaba si se trataba de un fallecimiento o de un rumor infundado acerca de la actitud de cualquiera de sus convecinos.

Gema cogió a sus pequeños de la mano.

—¿Qué dices? ¿Qué ocurre?

—El primo Ramiro...— murmuró Lolita.

Su madre la miró sin comprender. Ante los insistentes gritos de la vecina levantó, de nuevo, la cabeza.

—¡Tu sobrino, Gema! El pobre está en el almacén— acompañó el tono lastimero con un leve pero constante movimiento ladeado de cabeza— Tienes que ser fuerte, mujer, muy fuerte.

Gema frunció el ceño y aceleró el paso. Al llegar a la altura de doña Nieves se detuvo un instante.

—¿Sabes qué sucede?

La mujer asintió mirando a los pequeños.

—Déjamelos, me quedo con ellos.

En un descuido, la niña salió corriendo...

La madre de Lolita entró en su casa seguida de Marcial que custodiaba la entrada. A lo lejos, el familiar sonido de la sirena del Land Rover de la Guardia Civil le erizó el vello. Instintivamente se volvió hacia el policía de Pociego.

—Les ha llamado el alcalde, Gema. A Don Ramón no le quedaba otra. Lo que vas a ver, tras esa puerta, te va a resultar muy doloroso.

Doloroso era poco decir.

La mujer atravesó el salón y accedió a un pequeño patio. A su derecha habían construido un cobertizo al que daban tres puertas. Tras una de ellas se encontraba el almacén.

Con el corazón golpeando su pecho frenéticamente, posó la mano sobre el pomo. Tomó aire y empujó lentamente.

Tardó unos segundos en comprender lo que sus conmovidos ojos le mostraban.

—¡Santo Dios!

Marcial se había quedado corto.

No estaba preparada para algo así

El cuerpo de su sobrino yacía inerte en el suelo, aún sentado sobre una silla volcada. A su derecha descansaba la escopeta de caza que utilizaba su marido, Tomasín. La cabeza, girada en un extraño ángulo, mostraba los efectos destructivos del cartucho. Un enorme orificio de entrada, en pleno rostro, como si expresara un frenético alarido aún por salir, y un no menos enorme agujero de salida a la altura de la coronilla, la mirada perdida.

Pociego 1961

Camino del cementerio

La muerte del primo Ramiro resultó todo un acontecimiento en Pociego. Hacía muchos años que no fallecía de manera violenta ningún vecino. Para la mayoría de los que asistían al funeral era su primer contacto con la muerte. Los más jóvenes se debatían entre el temor a lo desconocido, mientras caminaban tras el ataúd en lúgubre procesión rumbo al cementerio, y una extraña sensación de estar viviendo una nueva experiencia. Los gestos serios, los ropajes oscuros de todos los habitantes del pueblo les indicaban que ese entierro no era como otro.

No, a éste asistían todos los vecinos.

Era el primer suicidio.

Un constante cuchicheo se apoderó de todos ellos desde el preciso instante en que Marilina, seguida de su marido, entró en la casa de Gema alarmada por el disparo de escopeta. En cada grupo que acompañaba al difunto rumbo al cementerio, se podía escuchar los murmullos que apuntaban a diferentes versiones sobre lo que había llevado a Ramiro a quitarse la vida de esa forma.

—Mal de amores, seguro.

—Quita, quita, Marilina, que ya hacía meses que lo había dejado con Gelita. Que dicho sea de paso, no era mujer para él.

—Era un buen chico, raro, pero buen chaval.

—Quizá es que no quería incorporarse a filas— apuntó un vecino.

—¿Pero le habían llamado?

—Sí, eso me dijo Pepe el de telégrafos. No parecía un chico echado para adelante.

En otro corrillo cercano:

—Se conoce que llevaba varios días como ausente. Paco, el del molino, dice que apenas hablaba. Algo estaba barruntando— afirmaba Rosi con un brazo cruzado sobre el pecho y el otro santiguándose constantemente.

—No somos nadie— concluyó Marilina.

Un carromato transportaba los restos de Ramiro. Al frente marchaba Marcial, vigilando que nada ni nadie interceptara el paso de la comitiva. Tras él, en primera fila, caminaba en silencio Gema agarrada del brazo de su marido, siguiendo el paso cansino de don Amable, el cura. Los pequeños, Masín y Lolita, ella como de costumbre con las mangas de sus jerseys o de sus blusas cubriendo la mitad de sus manos, iban uno a cada lado de sus padres. Había resultado tarea imposible dejarles al cuidado de los abuelos, tanto como lo fue convencerles que Ramiro no había muerto dentro la casa sino fuera, en el almacén, y que no debían tener miedo.

No era miedo lo que sentía Lolita.

Sin embargo, se trataba de una sensación extraña, se le erizaba el vello cuando asomaba la cabeza abriendo apenas una rendija la puerta que unía el salón de la casa con el patio donde se encontraba el cobertizo. No era capaz de explicar lo que sentía. Lo había intentado en varias ocasiones pero no le entendían.

La versión inicial que le dieron y que apuntaba a que el primo Ramiro había muerto de un paro cardíaco, duró el tiempo que tardó Marilina en exclamar a voz en grito, que quién podía imaginar que un mozo como ese iba a volarse la tapa de los sesos. En cuanto lo oyó Lolita, miró con el ceño fruncido a su madre.

—Luego hablamos, hija.

No, no era miedo. Al menos no a Ramiro. En todo caso al motivo que le llevó a pegarse un tiro. Sí, aunque su madre se empeñara en que no había sido dentro de la casa, el almacén formaba parte de la vivienda. Eso decían cuando la enviaban con Masín a jugar al patio.

—¡Pero no salgáis de casa!

A Lolita le asustaba pensar que si se acercaba al almacén o se quedaba sola en la casa, sea lo que fuere lo que llevó al primo Ramiro a hacer lo que hizo le obligara a ella a hacer lo mismo. Como si se tratara de algo que se pudiera contagiar.

Detrás de la familia caminaban, en un respetuoso duelo, el alcalde, su mujer, dos de sus rollizos hijos, y las fuerzas vivas de Pociego; Don Carlos el médico, y su esposa, seguidos de la concejala doña Nieves, Ferrán, el dueño de media villa, Renato el alguacil y tras ellos, el maestro Serafín Cánovas que no soltaba la mano de su hija, Jerusalén, sin duda la joven más guapa del pueblo, un calco de su madre, doña Carmen que murió a los pocos días de dar a luz a su única hija. A la derecha de la pareja caminaba Lucía, una perra de raza indefinida que no se apartaba de la joven. Donde iba Jerusalén, casi siempre iba Lucía.

Jeru, como así le llamaban, nació ciega.

En ocasiones se esforzaba en hacer las cosas por sí misma escondiéndose de la perra. Eso sí, aunque ella no lo sospechara, Lucía no la perdía de vista. Ese día sentía en su ama unas vibraciones especiales, diferentes. Vibraciones que le decían que no se encontraba bien, como si presintiese algún peligro. No paraba de frotarse contra su pierna cada vez que la comitiva se detenía, quería que supiese que ahí estaba ella, como siempre había hecho. Jeru acariciaba con ternura la cabeza de su perra. Sabía que no podía engañarla.

Sí, Lucía llevaba razón.

Tenía miedo, aunque no sabía de quién. Ni de qué.

“Ramiro...”

En último lugar varios grupos de jóvenes perseguían a la larga fila de vecinos con el semblante aburrido, unos, y expectante los demás. Comentaban cómo debería ser eso de pegarse un tiro. ¿Dolería? ¿Se sentiría algo?

—Ramiro era un tipo raro— apuntó el hijo mayor del alcalde, que como su padre estaba convencido de encontrarse un escalón por encima de los demás.

—Sí, pero era buen chico y atento. No como otros.

El grupo de amigos se volvió al oír la dulce voz de Gelita, que para su pesar había elegido a Julián como novio.

El cielo comenzó a cubrirse de negros nubarrones amenazando con descargar en breves minutos. Un repentino vendaval recorrió, en forma de intenso remolino, la sentida procesión que ya asomaba a la entrada del cementerio. Sombreros, boinas y faldas volaban al son de cada ráfaga de viento. Se hizo de noche en Pociego, dos rayos, seguidos de un ensordecedor trueno, dieron por buena la amenaza reinante sobre las cabezas de todos los que allí se encontraban.

La intensa lluvia comenzó a descargar con tanta violencia que no fueron pocos los que pensaron que el entierro y el repentino aguacero eran sinónimo de oscuros presagios.

No se equivocaban.

El entierro de Ramiro Estévez supuso un punto de inflexión para los habitantes de Pociego, hasta entonces un pueblo dominado por los caciques de turno, que, sin embargo, parecía no afectar en el transcurrir del día a día de la población. Decididos a no meterse en problemas y vivir de la manera más tranquila posible, los vecinos se daban por satisfechos si no les faltaba trabajo y los suyos podían asistir a la escuela para aprender de las enseñanzas del maestro Serafín y de Jeru, que desde tres cursos atrás ayudaba a su padre en las enseñanzas de los más pequeños.

Al regresar del cementerio, calados hasta los huesos, la familia Estévez se aplicaba en cambiar su ropa mojada por prendas secas y calientes, previo paso por la estufa. Lolita no dejaba de darle vueltas a algo que ahora sí era ella la que no entendía.

—¿En qué piensas?— quiso saber Gema mientras frotaba a la niña con una toalla.

Lolita no respondió. Permanecía con la mirada fija en algún punto más allá de las paredes de la habitación.

—¿En el primo Ramiro?

La pequeña asintió.

Sí, pensaba en él. Aunque la verdad no pensaba en nada en concreto pero a la vez pensaba en todo. Sólo ella y Masín parecían haberse dado cuenta de que al primo le sucedía algo.

—¿Lolita?— insistió Gema.

Esta vez sí que pareció regresar del lugar al que sus pensamientos le habían llevado.

—El primo no estaba bien. Algo tenía.

—¿Por qué dices eso?

—¿Puede alguien no estar bien y morir? ¿Qué es volarse la tapa de los sesos? El primo tenía miedo, mamá.

Cuando Gema terminó de secar a su hija se situó frente a ella. Permaneció unos instantes en silencio. Se tomó unos segundos más mientras se levantaba y cogía el camión de la silla situada frente a la estufa, para asimilar lo que Lolita acaba de confesarle.

“¿Miedo?”

—Sabes que el primo no hablaba mucho. No tuvo una vida fácil —soltó como si pensara en alto— ¿Te dijo algo?

Ella y Masín hablaban mucho con Ramiro, aunque los demás pensarán que era una persona de pocas palabras. A veces, cuando sus padres tenían mucho trabajo en la farmacia, el primo iba a buscarles al cole. De vuelta a casa daban un pequeño rodeo para poder escuchar, sentados al pie de un centenario árbol, las historias que les contaba. Historias que hablaban de personajes misteriosos de lugares misteriosos. Historias de héroes, de niños valientes. Historias que siempre terminaban en un final feliz, con una sonrisa dibujada en la cara de los pequeños.

Historias que Ramiro hubiese deseado vivir.

Los tres guardaban en secreto esos momentos.

—Llevaba unos días muy raro. Cuando iba a buscarnos al cole ya no nos contaba los cuentos que más nos gustaban, no hablaba casi y...

—¿Ramiro os contaba cuentos?— exclamó mientras la arropaba en la cama

Lolita apretó los labios. Se acababa de dar cuenta de que había metido la pata.

—Bueno, era nuestro secreto, mamá.

No era el único.

Gema pasó la mano por la cabeza de su hija animándola a que continuara. Nunca hubiera imaginado que su sobrino fuese capaz de mantener una conversación de más de diez minutos y menos aún que contara cuentos a sus hijos.

—El otro día no abrió la boca, y miraba a todos los lados. Tengo miedo mamá, no quiero que me pase lo que al primo— aseguró asustada, abrazándose a su madre

Gema la besó en la cabeza.

—No te va a pasar nada, papá y yo cuidaremos de ti.

Tomasín entró con Masín de la mano. Tras acostarle y desearles buenas noches a sus hijos, apagaron la luz y salieron de la habitación.

—¿Sucedo algo?— preguntó camino del salón.

—No, no pasa nada. Estaba pensando en lo que me ha dicho Lolita acerca de Ramiro. ¿Sabes que les contaba cuentos?

—¿Ramiro?

—Sí.

Gema no podía evitar sentir un regusto amargo. Apenas logró conciliar el sueño aquella noche. Ni ella, ni su marido podían imaginar una razón por la que su sobrino hubiera decidido quitarse la vida. Habían hablado de ello las últimas horas. Nadie en Pociego parecía poder apuntar una explicación, ni siquiera una leve sospecha que pusiera algo de luz a los motivos que habían empujado a su sobrino a hacer algo así. Sin embargo, la pequeña Lola, estaba convencida de que al menos durante los últimos días, Ramiro tenía miedo de algo.

O de alguien.

El primo Ramiro

Ramiro Estévez vivía con sus padres en una pequeña finca situada en las afueras de Pociego. Su familia, durante generaciones, se dedicó al cultivo de la vid, pero en los últimos años las cosechas habían menguado en cantidad y calidad. Las pocas hectáreas con las que contaban, después de haber ido vendiendo poco a poco el terreno, apenas daban para mantenerlos a todos. Aparicio, el patriarca de la familia, emigró a Madrid a mediados de los años cincuenta en busca de un trabajo que le permitiera llevarse a los suyos consigo.

Mariano, el hijo mayor de Aparicio y Virtudes, se incorporó a filas unos años antes de que su madre contrajera una extraña enfermedad que acabaría con su vida. Nada retenía ya al soldado en Pociego, que al término de su servicio militar se quedó en Barcelona dónde había conocido a una chica andaluza con la que se fue a vivir poco después.

A la muerte de Virtudes y sin que nadie en el pueblo tuviera noticias de Aparicio, ni siquiera los más cercanos, como sus amigos y su hermano Tomasín y su cuñada Gema, decidieron vender las tierras a Ferrán, el próspero comerciante de Pociego que sabría lo que hacer con ellas.

Para el reparto de la venta apareció Mariano en compañía de su mujer, a quién paseó por el pueblo los pocos días que duró su visita, como si de un trofeo se tratara. Estaba muy cambiado, como si la vida en la ciudad le hubiese alejado de sus raíces populares y nada tuviera en común con aquellos con los que compartió sus primeros años de vida. Por consejo del Alcalde y de sus tíos decidieron dividir lo obtenido por la venta de la finca en tres partes.

—Por si aparece vuestro padre algún día— afirmó don Ramón que no había visto con buenos ojos el cambio que experimentaba Mariano y no quería dejar sin una peseta Aparicio en su posible regreso.

Sabían que no todos los que marchaban a las grandes ciudades en busca de fortuna regresaban. Los que emigraban al extranjero podía tardar décadas en volver, si volvían. De algunos de ellos llegaban noticias de cuando en cuando, pero del padre de Ramiro no se sabía nada. Iban a cumplirse ya cinco años de su partida.

—¿Y si no vuelve? —quiso saber Mariano con el gesto torcido— Seguro que ha encontrado alguna mujer a la que arrimarse y ahora que mi madre no está...

—Si no vuelve— le cortó el alcalde— se dividirá su parte entre tu hermano y tú, es lo justo.

Ramiro fue acogido en casa de sus tíos, Tomásín y Gema. Su parte de la venta se guardó en el banco en una cartilla que abriría a los dieciocho años. Lolita y Masín estaban encantados con el primo. Cierto que al principio no hablaba mucho con ellos, pero poco a poco lo fue haciendo, tanto, que uno de los mejores momentos del día era cuando escuchaban esas historias que hacían volar su imaginación.

Desde pequeño, Ramiro había tenido dificultades para hacer amigos en Pociego. Sin duda esa fea cicatriz que cruzaba su cara y que marcó su vida para siempre tuvo mucha culpa.

Todo sucedió una noche de tormenta.

El primo Ramiro contaba con diez años.

El fuerte aguacero le sorprendió a él y a su hermano en la pequeña granja guardando los cochinos y los pollos. Con el ronco sonido de un ensordecedor trueno, el pequeño Ramiro corrió y corrió asustado con tan mala fortuna que no calculó lo suficiente para saltar la desvencijada verja que rodeaba la granja y se enganchó en ella. Miraba de un lado a otro sin comprender lo que le pasaba, por qué no podía moverse. Le dolía la cara, su mano y la tripa. Intentó llamar a su hermano que corría a lo lejos, sin mirar atrás, pero de su boca no partió sonido alguno.

Comenzó a llorar.

Otro potente trueno y la caída de un rayo cercano le pusieron más nervioso de lo que ya estaba, el miedo y el dolor invadieron su pequeño cuerpo. En lugar de intentar volver sobre sus pasos y salir de allí, tiró con todas sus fuerzas una y otra vez hasta desengancharse de la traicionera red metálica. Esta vez sí que de su boca partió un sonido; un terrible y agónico alarido que pugnaba por luchar contra el atronador estallido de los truenos que avisaban de una más que inminente tormenta.

Ramiro movía sus cortas piernas lo más rápido que podía. La cara le ardía, como el estómago. Se había dejado parte de la palma de la mano enganchada en la verja.

No fue lo único que se dejó.

—¿Dónde está tu hermano?— Virtudes esperaba junto a la puerta de la vivienda el regreso de sus dos hijos.

—Por ahí vendrá— apuntó sin mucho interés Mariano señalando detrás de él hacia un lugar indeterminado.

—Te tengo dicho que no le dejes solo. Menos, en un día cómo hoy. Eres su hermano mayor ¡por Dios!

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo lleve en brazos? ¡Que corra más rápido!— señaló perdiéndose en el interior de la casa.

Virtudes oteaba el camino que daba a la finca. Los continuos truenos y rayos no le ayudaban a calmarse. Nerviosa, entró en la casa en busca de una gabardina para ella, otra para el pequeño Ramiro y un paraguas, que con el vendaval que se había levantado y la espesa cortina de agua que caía de poco les iba a servir.

Con el cuello del impermeable subido, el pelo recogido en un pañuelo y el corazón a punto de salirse del pecho, se disponía a bajar los dos escalones del

porche cuando a lo lejos le pareció que se movía una sombra. Aguardó unos instantes antes de continuar con su camino.

Sin duda era su pequeño.

—¡Ramiro! ¡Ramiro!

En un primer vistazo no le había reconocido por la extraña postura que había adoptado para correr. Avanzaba encorvado, como si llevara algo entre las manos.

Virtudes salió a su encuentro.

Ramiro no había dejado de correr desde que logró soltarse de la valla. Llevaba su mano derecha pegada al cuerpo con la palma hacia arriba y firmemente agarrada con la otra mano. Estaba muy oscuro, pero podía ver que sangraba mucho y que algo parecía colgar de ella. Sin embargo, lo que más le quemaba era la cara. Al correr tenía la sensación de que llevaba unas hojas pegadas en el rostro, seguramente por la lluvia. No hizo además de quitarlas porque no quería soltar su mano.

Iba llorando. Le dolía todo el cuerpo.

—¡Mamá!— su voz sonó extraña hasta para él.

Había visto a su madre bajo la luz de la puerta de entrada a la casa, en el porche. Vio como agitaba el brazo y corría a su encuentro sin dejar de repetir su nombre, como si pensara que no le había visto.

Virtudes abandonó el paraguas y abrió la gabardina de Ramiro. Según se iba aproximando a su hijo, comprendió que llegaba dolorido, algo le pasaba en la mano. Sin embargo, a pesar de la postura, parecía que venía riendo.

No reía.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado, hijo?

—Me he enganchado en una valla. Me duele mucho la mano, mamá— contestó entre sollozos— Quítame unas hojas que tengo pegadas en la cara— pidió girando el rostro.

Virtudes abrió los ojos todo lo que éstos daban de sí. Exclamó un grito ahogado al comprender lo que estaba viendo. No eran hojas lo que le molestaban sino su propia mejilla partida en dos, desde la boca hasta el final de la mandíbula. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no desmayarse.

—Pero hijo...

No dijo más. Le envolvió en la gabardina y recorrieron los pocos metros que les separaban de la casa.

—¡Mariano! ¡Mariano!— gritó con todas sus fuerzas en dirección a la escalera que subía a las habitaciones— ¡¡Mariano!!

Si el mayor de los hijos estaba pensando en no responder con celeridad a la llamada, sus dudas se disiparon en cuanto oyó el tercer grito. Nunca había visto a su madre en ese estado. Saltó de la cama y bajó lo más rápido que pudo.

—¿Qué pasa, mamá?

—Ve corriendo a por don Carlos y avisa a Gema y a Tomásín ¡Rápido!

Ramiro no olvidará nunca el gesto de su hermano, mezcla de asco y de horror, cuando éste le miró a la cara antes de partir, como alma que lleva el diablo, a cumplir con las órdenes de su madre. Primero iría a casa del médico.

La cicatriz le recorría desde la comisura de los labios hasta un par centímetros antes de la oreja dibujando en su rostro una persistente sonrisa macabra. Sonrisa que provocaba que mantuviera una invariable distancia con sus compañeros de clase, que pocos, muy pocos, se atrevían a recorrer.

El cosido de la cara no era el único, el estómago también guardaba un zigzagueante recuerdo de aquella maldita noche. Su mano derecha presentaba como un pequeño bulto de piel arrugada, dónde iba a morir la yema del dedo índice, enrollado sobre sí mismo. De todas estas costuras la que más le dolía era la del corazón. Se veía así mismo como a alguien a evitar. Era un ser horrible.

Un monstruo.

Ya no contaban con él para jugar después del cole a las canicas, ni para los partidos de fútbol que organizaban los sábados por la mañana en un terreno seco, como las calles del pueblo, justo detrás de la escuela. Ramiro evitaba salir de casa con cualquier excusa que le viniera a la cabeza. Los primeros meses después del accidente no le hicieron falta. Su recuperación fue lenta y dolorosa. Los pocos amigos que fueron a visitarlo no repitieron la experiencia tan impactados como se quedaron al ver su rostro.

Don Serafín decidió pasar un par de días a la semana por casa de los Estévez para que Ramiro no se retrasara con los estudios. No fue tarea fácil para el paciente maestro conseguir que prestara atención a sus clases, pero con el paso del tiempo llegó, incluso, a completar los deberes que le dejaba pendientes para la próxima lección. Un año después de que aquella valla se enganchara a su vida para no soltarse jamás, regresó a la escuela.

Ese primer día de clase no se borraría de su memoria. El propio Ramiro se iba a encargar personalmente de ello.

—Pasa, Ramiro. No te quedes ahí— don Serafín rodeó su mesa y bajó el escalón que le separaba de los alumnos. Junto a la puerta permanecía quieto, como una estatua, Ramiro Estévez con la vista fija en el suelo.

Todos sus compañeros se volvieron hacia él. Entre murmullos obedeció las indicaciones del maestro y avanzó por el pasillo que formaban las dos hileras centrales. El que había sido su sitio estaba ocupado por dos chicos que no conocía de nada. El número de alumnos había aumentado debido a que la escuela de Pociego acogía desde el pasado curso a nuevos alumnos de tres pueblos de la comarca.

—Ven, siéntate ahí— señaló un sitio vacío en un pupitre en primera fila a su derecha. Situado de tal manera que sus compañeros solo podrían ver el perfil sin cicatriz, lo que no impedía que sus miradas se centraran en la mano y más concretamente en el dedo índice que aún no podía estirar.

En el pupitre al que se refería don Serafín, sentada junto al pasillo, había una chica que también era motivo de comentarios entre los alumnos. Era la única que no había vuelto la cabeza y permanecía con la vista al frente. Ramiro rodeó el pupitre y tomó asiento junto a su nueva compañera.

—Hola— saludó como un susurro.

—Hola, Ramiro— contestó una sonriente Jerusalén— Me alegro de que estés de vuelta. Mi padre me ha dicho que has avanzado mucho.

Jeru se inclinó sobre él.

—No te preocupes. No lo hacen con malicia. Tenemos un año por delante para aprender muchas cosas y poco tiempo para cuchicheos ¿no te parece?

—Dices eso porque no me has visto.

—¿Crees que eso me alegra?

Dos secas palmadas del maestro intentaron poner fin a los incesantes comentarios y risas que se habían apoderado de la clase.

—¡Silencio!

—¡Es un monstruo!

El grito del hijo mayor del alcalde coincidió con el cese de las conversaciones, quedando sus palabras flotando en el aire.

—¡Se lo dije, don Serafín, no debí haber venido!— exclamó Ramiro poniéndose en pie. Acto seguido salió corriendo.

—No abandones...—susurró Jerusalén—... no lo hagas.

—¡Ramiro!— exclamó el maestro.

Unas risas se escucharon junto al pupitre del cual había partido el exabrupto. Varios chicos cuchicheaban entre ellos mientras observaban divertidos como Ramiro abandonaba la clase.

—¡Ramoncín!

De nuevo se hizo el silencio en el aula. Cuando don Serafín se enfadaba todos sabían que no era momento para bromas. El aludido avanzó con la cabeza gacha hasta la mesa del profesor.

—Márchate a tu casa y dile a tus padres el motivo por el que hoy te he expulsado de clase. Si no lo haces tú lo haré yo. ¿Me has entendido?

El niño asintió.

Ramiro no paró de correr hasta llegar a su casa. Tras sortear a su madre, que encarecidamente le rogaba que le explicara que había sucedido en la escuela, se encerró en su habitación hasta media tarde. Su vida se había convertido en un constante sufrimiento. El infierno no debería ser algo muy diferente a lo que estaba viviendo. No quería ver a nadie. De la única forma que accedió a regresar al colegio fue tapándose la cicatriz de la cara con un esparadrapo.

Los siguientes años transcurrieron lentos, parecía como si sus compañeros de clase todavía no se hubiesen acostumbrado a su nuevo rostro. No pasaba una semana sin que tuviera que soportar alguna broma de Ramoncín o alguno de sus amigos. En su casa no marchaban mejor las cosas. Las cosechas no habían sido buenas y su padre había viajado a Madrid a buscar trabajo y no tenían noticias de él.

La situación se iba a complicar mucho más.

Mariano, el hermano mayor, decidió incorporarse a filas para abandonar de una vez por todas, ese maldito pueblo.

—¿Nos dejas así?

—Tengo que vivir mi vida, mamá. Además no os faltará de nada, tenéis la casa y a los tíos— señaló muy convencido el día de la partida.

Para Ramiro no supuso un problema la marcha de su hermano. Nunca habían tenido una relación muy cercana. El accidente en la valla no había ayudado a

mejorarla. Sentía como Mariano le evitaba cuando se cruzaban por el pueblo, aunque fuera con su madre. Las pocas veces que se paró para hablar con él fue cuando le veía en compañía de Jerusalén que casi era un par de años mayor que Ramiro y a Mariano le gustaba mucho.

Si no fuese ciega...

Ese era un hándicap, como la cicatriz de su hermano.

Cuando Mariano se marchó, los paseos de Ramiro y Jeru se hicieron más habituales. La recogía a la salida de las clases, cuando terminaba su turno con los más pequeños. Seguramente sería la maestra más joven de la comarca y no por ello la menos preparada.

—No creas que si viera tu cara iba a pasear contigo— le decían entre risas Ramoncín y los demás.

Sabía que su hermano opinaba igual.

Ramiro aprendió a crearse una coraza en la que chocaban todos los insultos que le dedicaban. Jeru tuvo mucha parte de culpa para que consiguiera abstraerse de los comentarios de los chicos. Poco a poco la gente en Pociego comenzó a ver con naturalidad a Ramiro, ya no se sentía observado y dejó de llevar el esparadrapo. Todo parecía, por fin, marchar bien hasta que una tarde al regresar a su casa encontró a su madre tendida en el suelo del salón.

—¡Mamá!

Intentó incorporarla un par de veces pero pesaba demasiado y no quería hacerle daño. Con los ojos cargados de lágrimas, y tremendamente asustado, partió en busca de don Carlos el médico. De camino pasó por la casa de sus tíos. Tomasín estaba en la farmacia. Gema se ocupaba de los baños y la cena de Lolita, que estaba a punto de cumplir seis años, y de Masín, con los tres recién estrenados.

Varios golpes insistentes en la puerta de la casa terminaron con las risas y los juegos de los pequeños en la bañera. Gema bajó a abrir a quién estuviera golpeando la puerta con ese ímpetu. Sin duda algo grave debía de suceder.

—¡Tía Gema! Mi madre...—Ramiro tomó aire antes de continuar— mi madre está en el suelo, no se mueve...

—¿Pero qué dices? ¿Se ha caído?

—La he encontrado así, tía— la respiración agitada de Ramiro estaba preocupando a Gema.

—Ve a por don Carlos y nos vemos en tu casa ¡date prisa!

Viendo como su sobrino se alejaba lo más rápido que podía echó un vistazo en torno. Las luces de sus vecinas le indicaban a quién podía pedir que se quedara con sus hijos.

Suspiró contrariada.

Marilina era la única que parecía estar disponible. Sabía que todo lo que le contara o sucediera a partir del momento en que le pidiera el favor, iba a correr de boca en boca por todo Pociego en cuanto se encaminara a casa de su cuñada Virtudes.

Así fue.

Tras dejarla al cuidado de los dos pequeños, Gema cruzó la plaza del ayuntamiento y entró en la farmacia que regentaba junto con su marido.

—¡A Virtudes le ha pasado algo! ¡Ramiro la ha encontrado en el suelo de su casa, don Carlos va para allí!

A Tomasín las palabras de más le sobraban. Si su mujer había entrado con ese nervio es que algo importante sucedía. Algo de lo que no podía aportar más datos.

—Lolín, ya has oído a mi mujer. La hora que falta para el cierre te quedas de encargado— señaló mirando su reloj.

“¡Encargado!”

El joven no pudo evitar ruborizarse y que le temblara la voz. Apenas llevaba unas semanas en la farmacia, y aún le faltaban unas asignaturas para graduarse. Consultó disimuladamente el reloj sobre la puerta.

“Una hora...”

—Sí, don Tomasín...aquí estaré y me encargaré de todo y...

—Si te piden algo que dudes o no sepas de qué se trata, díles de nuestra parte que vengan mañana— señaló Gema desde la puerta.

Tomasín cogió las llaves de su flamante Vespa 150 VI y salió a la calle tras su mujer que con las manos en la cabeza se ajustaba el pañuelo. Gema esperó a que su marido arrancara la moto y tomó asiento a su lado en el sidecar.

Pociego estaba situado entre Madrid y Ciudad Real. Ninguna construcción superaba los dos pisos de altura. La farmacia de los Estévez se hallaba ubicada en la plaza de Cervantes junto a la del ayuntamiento. Los vecinos de los farmacéuticos aprovechaban la buena temperatura para sacar las sillas y alguna mesa a la calle, y disfrutar del frescor de la tarde noche. A ninguno de los allí presentes se le escapó la Vespa que abandonaba la farmacia antes de la hora del cierre, llevando con ella a la pareja de propietarios.

Algo sucedía.

No iban a tardar mucho tiempo en enterarse. Al cruzar delante de su casa pudieron ver como ya se concentraban en la puerta un par de vecinas que en breve comentarían lo que Marilina hubiera tenido a bien comunicarlas.

Para llegar a la finca de su cuñada deberían tomar la carretera que llevaba a Rondón. Un par de kilómetros más adelante partía el camino que terminaba en la casa de Virtudes. Nada más cogerlo pudieron distinguir, a lo lejos, unas pequeñas luces rojas que indicaban la reciente llegada de don Carlos. Ramiro bajó del coche del médico como una exhalación perdiéndose en el interior de la vivienda.

El médico se giró al oír a sus vecinos y amigos llegar con la Vespa, levantó la mano a modo de saludo mientras subía los dos escalones que daban al porche perdiéndose en el interior tras el chico.

Cuando Dioniso y Gema entraron en el salón don Carlos estaba reconociendo a Virtudes. Ramiro, sentado en una silla, miraba asustado las maniobras del doctor. Lo que más le aterrizzaba era que su madre parecía dormida, muy dormida. No se despertaba a pesar de que el doctor y Tomasín la habían levantado en volandas para trasladarla al sofá. Minutos después observó como se decían algo entre sí, asintieron y la tomaron de nuevo entre sus brazos.

—Tenemos que llevarla al hospital, Ramiro— convino don Carlos después de acomodar a Virtudes en el asiento trasero del coche.

—¿Mamá se pondrá bien, verdad?— quiso saber entre tartamudeos.

—Vamos a hacer todo lo posible, hijo. Tu tía se quedará contigo y te llevará a su casa.

—¡Irás en la Vespa, chaval!— afirmó Tomásín, intentando suavizar la dramática situación, con el brazo levantado a modo de despedida. Miró a su mujer que le enviaba un beso con el semblante serio. Los tres sabían que Virtudes no estaba bien.

Nada bien.

Una semana más tarde falleció en el hospital. Nadie supo dar una explicación razonada.

Muerte natural, dictaminó el doctor.

Desde la misma noche que don Carlos y Tomásín trasladaron a Virtudes al hospital, Ramiro vivió en casa de sus tíos. Los primeros días como algo provisional. Pero con el paso de las semanas coincidieron en que lo mejor sería que se instalara definitivamente con ellos.

—¿Qué te ha pasado ahí?— quiso saber Lolita con el brazo estirado señalando el rostro de su primo.

Era la tercera noche que el primo Ramiro pasaba con ellos y la niña ya no podía aguantar su curiosidad. Le había prometido a su madre que no le diría nada, pero cuando hizo la promesa se guardó de tener dos dedos cruzados. Le habían enseñado en el cole unas chicas mayores, que si los cruzaba, no tenía que cumplir el juramento.

—¡Lolita! ¿Qué te había dicho?— Gema no daba crédito al descaro de la pequeña— Además ya lo sabes. Perdónala, Ramiro, es una niña muy indiscreta.

Masín con sus tres años, asistía curioso a lo que sucedía en la mesa. Entre cucharada y cucharada de la sopa que su madre le iba dando, sus inquietos ojos iban de la cara de su primo a la de su hermana.

—No pasa nada, tía— convino Ramiro quitando hierro a la situación— es normal que les llame la atención, como a todos.

—Fue un accidente, Lolita— intervino Tomásín— Venga, termina de cenar que va siendo hora de acostarse.

Para la pequeña su pregunta no iba a quedar así. Unos días después, aprovechando que sus padres estaban en la farmacia y que su primo regresaba con ella del cole a casa, decidió intentarlo de nuevo.

—Me enganché con la valla de los puercos— confesó con una media sonrisa dibujada en su rostro— Sí, el dedo lo tengo así desde entonces— había seguido la mirada de su prima que no perdía detalle de su mano.

—¿Te dolió?— la niña estiraba las mangas de su jersey hasta cubrir sus manos como siempre que los nervios se apoderaban de ella.

Ramiro asintió.

Viendo que su prima no parecía tener suficiente, decidió que era un buen momento para compartir con alguien lo sucedido aquel día. Se sentaron bajo un árbol y comenzó su relato. Era la primera vez que hablaba de ello con detalle. Anteriormente sólo lo había comentado con Jerusalén durante algunos recreos.

—...me asusté mucho con la oscuridad, los truenos, los rayos. Mi hermano iba delante de mí, corriendo. Al engancharme, me quedé solo y me entró miedo. Tiré y tiré— Ramiro movía la cara de un lado a otro.

Lolita le miraba con los ojos muy abiertos.

El primo imitaba cada gesto que recordaba, cada tirón que dio antes de soltarse. La pequeña llevó las manos a la cara, cuando las separó de nuevo sus ojos estaban cargados de lágrimas.

—...al final me pude soltar. Otro trueno y la sensación de que alguien me ponía la mano en la cara me hizo correr más y más rápido. Al llegar a casa pensé que llevaba pegadas unas hojas en la oreja— Ramiro tenía la vista fija en el frente.

—Lo siento mucho...—murmuró la niña.

La historia que acababa de escuchar le hizo a Lolita sentirse muy cercana a su primo. Nunca le diría a sus padres que lo sabía todo sobre el accidente, quedaría entre ellos. Un año después le contó a Masín una versión suavizada de aquella noche y de la valla. Como hermana mayor que era, no iba a permitir que su hermano le agobiara a preguntas. No quería que el primo pasara otra vez por lo mismo. Su madre tenía razón cuando le pidió que dejara a Ramiro en paz, que todo había sido un accidente.

Pero ella era muy curiosa.

No lo podía evitar

Ramiro continuó con su habitual mutismo. En clase apenas hablaba y cuando salía esperaba a sus primos para llevarlos a casa, si la tía Gema no los había recogido antes. No tenía amigos, nadie en quien confiar aparte de sus pequeños primos, hasta que un día al esperar junto a la puerta del cole la salida de Lolita, vio a Jerusalén.

Jeru despedía a los alumnos en la puerta. Su enorme y sincera sonrisa había cautivado a todos los chicos de Pociego. El pelo largo, negro, recogido en una trenza. Los ojos tan oscuros como el azabache, competían en sonrisa con su cara.

—¿Quién viene a recogerte?

—El primo Ramiro— contestó Lolita.

—¿Está aquí?

—Sí, a mi lado, mirándote con cara de bobo— señaló sonriente.

Ramiro no sabía dónde meterse, sentía como un intenso calor cubría su rostro. Miraba a su prima con los ojos fijos, reprimiéndole su descaro.

—¡Lolita! Pensé que no llegaba— la voz de Gema relajó el ambiente— Vamos, que tenemos que ir a comprarte el vestido. ¿Ramiro, te importa pasar por la farmacia y llevar a Masín a casa de los vecinos?

—Claro, claro— apenas un hilo de voz partió de su boca.

—Gracias, luego nos vemos en la cena. Adiós, Jeru. Me han dicho que eres una magnífica maestra— señaló a modo de despedida.

—¡Oh! Gracias, Gema, eres muy amable.

—Lo haces muy bien. Tu padre tiene la mejor ayuda contigo. ¿Y Lucía? es la primera vez que la veo separada de ti.

La joven profesora sonrió

—Está dentro, esperando a que nos vayamos.

Ramiro se quedó mirando como su tía y Lolita se alejaban, Jeru parecía mirar al mismo punto.

—¿Profesora?— logró balbucear al fin— Pensé que eras...

—¿Pequeña? Tengo ya quince años.

Jerusalén

Para los habitantes de Pociego, el nacimiento de Jerusalén no fue todo lo alegre que un acontecimiento de este tipo suele conllevar en un lugar en el que todos se conocen y hacen propias las alegrías y los temores de sus vecinos. El parto fue muy largo debido a las continuas complicaciones que se fueron presentando. Con el paso de las horas, la salud de Carmen fue debilitándose.

No había sido tarea fácil para el maestro y su mujer concebir una criatura. Varios de los intentos se quedaron en eso, en intentos. La naturaleza no parecía querer bendecirles con la llegada de un hijo. Nunca perdieron la esperanza. Al final, casi cuando estaban empezando a asimilar que serían un feliz matrimonio sin hijos, Carmen se quedó embarazada.

—¿Estás segura?

—¡Sí, cariño!— respondió Carmen con la mejor de sus sonrisas tallada en el rostro.

El recuerdo de los últimos intentos llegó hasta ellos en forma de un largo y cómplice silencio. La cautela les impedía demostrar la alegría que les invadía por dentro, sobre todo a Serafín, que sin duda era el más afectado de los dos por cada ilusión perdida con cada embarazo anterior. No quería vivir lo mismo otra vez.

Carmen pasó los dedos por su cara, eliminando el paso de unas incontrollables lágrimas y volvió a sonreír.

—Esta vez sí, amor mío, verás como esta vez sí que viene nuestro hijo.

Excepto don Carlos y los farmacéuticos Gema y Tomásín, nadie en Pociego supo de la feliz noticia hasta que el embarazo de Carmen traspasó la etapa considerada por el doctor como presumiblemente segura.

—Esta vez sí— se atrevió a decir el maestro meses después, al regreso de la consulta del médico.

Nadie en el pueblo estaba al margen de lo que significaba el inminente nacimiento del primogénito del maestro y de su mujer, doña Carmen. Sabían lo sufrido por ellos en los últimos años.

—¡Tengo un telegrama para usted!— Pepe el de telégrafos corría atravesando la calle con el brazo estirado, blandiendo en el aire un fino papel.

Carmen giró sobre sus pasos.

Sonrió.

—Sí, viene de Navarra— aseguró contento sabiendo que serían buenas noticias para la mujer del maestro.

—Gracias, Pepe.

Carmen no pudo evitar emocionarse al leer el pequeño texto. Sus padres vendrían a Pociego para estar presentes en el nacimiento de su nieto.

—Esta vez, sí— murmuró.

Entró en la escuela dispuesta a ayudar a su marido con las clases. Entre su cometido estaba atender a los más pequeños, a los que enseñaba a leer y a escribir.

Al inicio del último mes de embarazo volvieron a la consulta de don Carlos. El regreso a casa no fue como con las otras visitas. En ésta, el semblante del doctor no dejaba lugar a dudas. El feto no estaba bien colocado y debían extremar la cautela durante las próximas semanas.

—¿Cree que vivirá, doctor?— Serafín no pudo evitar preguntar aquello que no había conseguido olvidar, a pesar de los esfuerzos de su mujer.

—Haremos todo lo posible. Pero no tiene por qué suceder nada anómalo. La salud del feto es la esperada, el inconveniente es que no viene bien. No es algo tan extraño.

—No te preocupes— Carmen le dedicó una sincera sonrisa a su asustado marido.

Cuando se marcharon de la consulta, el doctor volvió a revisar las pruebas. No, no le gustaba lo que veía en ellas, pero en nada le iba a servir a la pareja saber que las próximas semanas serían muy complicadas.

No se equivocó.

Pocos días más tarde Carmen comenzó a debilitarse por momentos. Tanto, que temieron por su salud y, a pesar de la oposición de la propia Carmen, la ingresaron en el hospital. Unos días después su cuerpo no pudo aguantar más. La mujer del maestro falleció dando a luz a una niña mediante cesárea post mortem.

Decidieron llamarla Jerusalén en memoria de la suegra de Serafín, y de la madre de ésta, naturales de Artajona, pueblo de Navarra donde existe una pequeña talla de la Virgen de Jerusalén de la que son grandes devotos.

Serafín optó por ir con la pequeña Jeru en brazos al funeral y al cementerio, desoyendo los consejos de sus amigos y familiares. En la iglesia, la niña no aguantó diez minutos en brazos de su padre, los continuos llantos le obligaron a entregársela a su suegra. En el cementerio, donde acudió el pueblo de Pociego al completo, la pequeña aguantó en absoluto silencio toda la ceremonia.

En el momento en que el ataúd que contenía los restos mortales de Carmen fue sellado, Serafín no pudo aguantar unas lágrimas. Una frase repetida hasta la saciedad por él y por su mujer le vino a la cabeza.

—Esta vez, sí...— murmuró mirando, con un esbozo de sonrisa, a la pequeña Jerusalén que dormida permanecía ajena a todo lo que acontecía a su alrededor— Esta vez, sí, amor mío— repitió con los ojos cargados.

Jerusalén se estaba ganando el cariño de todos los vecinos con sus constantes gorjeos, ruidos y movimientos de sus pequeños brazos y piernas. Durante las primeras semanas nadie se dio cuenta de que la recién nacida no podía ver. Los vecinos se cuidaban de mostrar una excesiva alegría en su presencia debido al dolor que les producía el fallecimiento de la maestra.

Los primeros años en la vida de Jeru no fueron fáciles. El enorme parecido con su madre parecía retraer a los más supersticiosos que veían en la pequeña la reencarnación de doña Carmen. Un domingo, don Amable el cura, tuvo que dedicar el sermón a cortar de raíz las absurdas habladurías de una vez por todas. La pequeña Jerusalén no se merecía que la evitaran, bastante habían tenido ella y don Serafín con la pérdida de su madre como para que ahora sus vecinos andasen con tonterías, aseguró muy convencido. A partir de ese día todo volvió a la normalidad.

—Eso es, hija. Esta pared es la casa de Marilina y su familia. Después está la tienda de Ferrán.

Jeru iba tanteando con su mano y un bastón el recorrido que se había empeñado en aprender para ir a la escuela.

—¿No quieres que te lleve yo?

—Claro que sí, pero ya va siendo hora de que me aprenda el pueblo de memoria. Así podré ir y volver por mi cuenta, o ir a por pan o a la compra o a misa— contestó con esa sonrisa que a Serafín tanto le recordaba a su añorada Carmen. No sólo la sonrisa, si no la cabezonería de su hija podía competir, más que dignamente, con la de su madre.

Sonrió al pensar en ello.

—¿De qué te ríes?

—¿Cómo sabes que estoy sonriendo? Cada día me sorprendes más.

—Muy fácil papá, has cambiado tu forma de respirar.

En clase era una de los alumnos más destacados sino el que más de los de su edad y algunos más mayores. Serafín le había inculcado desde pequeña la necesidad de esforzarse todo lo que pudiera. No fue una tarea complicada para el maestro, no por sus habilidades profesionales, sino porque se encontró con que la pequeña Jerusalén absorbía como una esponja toda la información que se le daba. A falta de libros que leer, apuntes que tomar, ejercicios que hacer, Jeru lo almacenaba todo en su privilegiada cabeza.

A los cuatro años ya era capaz de moverse por cualquier rincón de su casa sin ayuda de nadie. No fueron pocas las veces que se tropezó con algo y caía al suelo asustada y entre lágrimas. Pero a los pocos minutos, sorbía la nariz y se ponía de nuevo en camino.

Otra caída y otra vez en camino.

Un mes así y otro y otro más.

Un año y otro más.

Hasta que llegó el día más esperado por la pequeña. No fue un día cualquiera el elegido, sino el de su noveno cumpleaños. Habían ensayado durante los últimos meses una y otra vez. Si por el maestro fuera, lo hubiera retrasado.

“Es una locura”

—La culpa la tengo yo. Le he presionado demasiado para que se esforzara desde pequeña, para que su ceguera no le convirtiese en alguien diferente— señaló una tarde en el bar de Paco, el Molino

—No, Serafín —apuntó Gema— es ella quien pone todo su empeño en esforzarse. Es una chiquilla extraordinaria.

—Estoy de acuerdo con mi mujer— intervino Tomasín— es más inteligente que cualquiera de nosotros y...

—Dilo, dilo, testaruda como su madre— convino Serafín con el semblante feliz al oír a sus amigos.

—Mañana es el día ¿eh?

—Sí, mañana— el maestro no pudo disimular un mohín de admiración por su hija.

Jerusalén se había levantado muy contenta.

—¡Por fin!— exclamó nada más abrir los ojos.

Media hora después aguardaba a su padre en la cocina, ya vestida y apurando un vaso de leche con unas magdalenas. No había tiempo que perder. Se moría de ganas por comenzar de una vez.

—¡Date prisa, dormilón!— gritó en dirección a las escaleras al oír la puerta de la habitación de su padre.

Los pasos de Serafín al descender los escalones le hicieron sonreír.

—¿Dormilón? pero sin son las siete y media de la mañana. ¡Te vas a enterar tú, pequeñaja!— exclamó cogiendo a su hija en brazos y girando con ella.

Desde pequeña, a Jeru le divertía que su padre le cogiera entre sus brazos y le desplazara de un lado a otro. Que dieran vueltas y vueltas, sin parar de reír. Serafín disfrutaba de esos momentos de felicidad.

—¿Estás segura?

—Sí, papá— contestó con un deje de cansancio en su voz— ya lo hemos hablado muchas veces. Ya no soy una cría.

A Serafín no le preocupaba el hecho en sí. Temía que si Jerusalén era capaz de hacerlo por sí sola, seguramente ya no le necesitara. Al menos eso le aseguraría ella tan testaruda como era. No podía negar que esa cabezonería le gustaba y mucho además. Hacía de su hija una mujer luchadora.

Estaba muy orgulloso de ella

Llegó el momento.

Jerusalén abrió la puerta de su casa. El sol le bañó la cara, elevó su barbilla, permaneció unos instantes sintiendo el suave calor de los rayos del sol sobre su rostro y sonrió. A pesar de que el reloj de la iglesia aún no había dado las ocho y media de la mañana, el frescor de la madrugada había dejado paso a lo que se presentaba como un día caluroso. El cielo despejado, y la aparición del sol, fueron acogidos con satisfacción por los habitantes del pueblo. Las últimas semanas habían sufrido una temperatura demasiado baja para estar en primavera.

Armada con su bastón, Jeru volvió la cabeza hacia atrás.

—Todo irá bien. No me voy a ningún lado, así que no te pongas nervioso, ¿vale, papá?

—Lo sé, hija.

Serafín no terminaba de acostumbrarse a la capacidad de su pequeña para leerle el pensamiento. Para saber lo que le preocupaba, cómo se sentía. Para ella resultaba ser como un libro abierto.

En lugar de guiarse con su mano tanteando la pared del exterior de la casa y continuar haciendo lo mismo al llegar a la de Marilina, Jeru sorprendió a todos al continuar recta y doblar a la derecha, como si de una viandante más se tratara. Sí, sorprendió a todos, porque todo el pueblo al completo había tomado posición en diferentes lugares estratégicos de la calle para no perder detalle del primer día en que Jerusalén iba a ir sola a clase.

—¡Buenos días!— saludó con la mano en alto. Se sabía observada por sus vecinos, que no podían acallar el constante murmullo desde que abrió la puerta de su casa y asomó a cabeza.

Pasó por delante de la vivienda de su vecina y continuó recto. Serafín marchaba unos pocos pasos detrás de ella, sorprendido como los demás con el descaro de la niña. A llegar a la altura de la iglesia, Jeru se detuvo. Segundos después dobló a la derecha.

—¿Dónde va?— cuchicheó un vecino.

—Se ha perdido, seguro— apuntó una mujer— Si era normal. Lo que quería hacer la chiquilla no tenía ni pies ni cabeza.

—No, si valor no le falta a la cría...

Al oír unos pasos que se acercaban tras ella, Jerusalén levantó la mano.

—No te preocupes, papá— dijo sin volverse— no me he perdido, ni me he equivocado de camino, voy a la lechería de Candela a comprar un bollo para más tarde.

“¿A comprar un bollo?”

“¡Claro, cómo todos los días! pero hoy, pensé que...”

—Pensaba llevártelo cuando llegaras a la escuela.

Candela, como todos sus vecinos, estaba en la calle viendo el discurrir de los acontecimientos. Al oír la conversación no pudo evitar sonreír y tomar parte en ella.

—Dí que sí, Jeru. ¿A ver por qué hoy ibas a quedarte sin entrar a por tu bollo?

Candela y su marido, Mauricio, hacían las mejores pastas de Pociego. Jerusalén no pensaba perderselas y menos en un día cómo este, su cumpleaños y su primera salida en solitario.

Había que celebrarlo.

—Cande, ponme una cajita para llevar a clase, que hoy es mi cumple— señaló feliz.

—¿Tu cumple? Deja que te de un beso.

No fue uno, si no dos los que le plantó en cada mejilla, a cuál más sonoro.

Su estreno salió todo lo bien que ella esperaba. Al alcanzar su objetivo y entrar en la escuela, se escuchó una salva de aplausos y piropos que le llegaban de todos los lados.

—Gracias, pero sólo soy una chica ciega, no me pasa nada más— dijo a nadie en particular perdiéndose en el interior.

Serafín la siguió durante todo el recorrido. Marchaba a no más de un par de pasos de distancia, atento a cualquier escalón, acera o cualquier obstáculo con el que su pequeña se pudiera tropezar. Esa misma tarde, al regresar a casa del

mismo modo que por la mañana, el maestro tenía una pregunta pendiente para su hija que le llevaba rondando todo el día.

—¿Cómo es que te arriesgaste tanto al ir por la acera y cruzando la plaza por el medio en lugar de...?

—¿...en lugar de ir tanteando las paredes?

—¿Eh? Sí, bueno, eso quería decir.

—Papá, dime una cosa ¿Cuántas veces he ido cogida de tu brazo a la escuela estos últimos años? Y no solo a la escuela, al ayuntamiento, a casa de Gema y de Tomasín, a la compra, a la iglesia. ¿Eh? dime.

Serafín miraba al techo intentando calcular el número exacto.

—Lo que quiero decir es que tengo memorizado el camino como si lo estuviera viendo. Siempre me has dicho lo que hay a cada lado, cómo son las casas, las aceras de anchas. Dónde están las tiendas, la lechería ¿recuerdas?— indicó Jeru dejándose caer en un sillón

Sí, lo recordaba perfectamente y no le extrañaba en absoluto que hubiera retenido el camino y sus alrededores como si fuera un mapa grabado en su memoria. Desde pequeña guardaba en ella cada dato, cada información que le pareciera importante sin la más mínima dificultad. No sabía si él había tenido algo que ver en el desarrollo mental de su hija, pero sí que se había empeñado en que tenía que hacer deberes y tomar apuntes como los demás compañeros. En su caso los apuntes eran mentales y los deberes los hacían juntos al llegar a casa repasando cada lección. Todas las tardes le leía libros que tuvieran que ver con cada asignatura. Procuraba que entendiera las matemáticas y las razonara mentalmente.

Serafín estaba obsesionado con la educación de su hija. Esa obsesión se la generaba el miedo, el terror que le ocasionaba pensar qué sería de ella si a él le sucedía algo. Cierto que confiaba que el pueblo se haría cargo. No era un tema nuevo en las cenas que frecuentaba, sobre todo con Gemma y Tomasín, y don Carlos el médico y su mujer, en las que los primeros le aseguraron que si llegaba ese día, la adoptarían sin problemas. Lolita la admiraba y seguro que la admitía como hermana mayor.

No era suficiente.

Jeru debería valerse por sí sola.

Un año más tarde, en uno de sus frecuentes viajes a Madrid, Tomasín llegó con una sorpresa. En esta ocasión no le había acompañado su mujer porque se encontraba embarazada de su segundo hijo. Si era chico se llamaría Masín, si fuese chica lo decidiría ella. Lolita contaba tres años y quería saber lo que pasaba en la prominente tripa de su madre.

Tomasín decidió hablar con su mujer sobre la sorpresa que había traído de Madrid. Sorpresa que no era tal para ella ni para el maestro, puesto que los tres no habían dejado de hablar del asunto durante los últimos meses. La sorpresa sería para Jeru, y para todos ellos si la cosa no salía como tenían previsto.

En uno de sus últimos viajes, el farmacéutico llegó con una noticia que alegró tanto a su mujer como al maestro. Un colega de profesión le había asegurado que

su hermano, que tenía un hijo ciego de nacimiento, había enseñado a un perro a que llevara al chico a lugares concretos sin que pasara peligro.

La noticia no dejaba de ser asombrosa. Se pusieron manos a la obra. En el siguiente viaje, Serafín aprovechó el fin de semana para acompañar a Tomasín a Madrid. Tras dejar a Jerusalén en manos de Gema, partió ilusionado rumbo a la capital.

Estaba decidido.

Lo intentarían con su hija.

Tomasín y Gema se presentaron con la sorpresa.

—Llaman al timbre— dijo el maestro— ¿Abres tú?

—Sí, voy yo— Jerusalén dejó la labor sobre el respaldo del sofá, se puso en pie y paso a paso recorrió los pocos metros que le separaban de la puerta de la casa.

Serafín sonrió para sí mismo, nervioso.

Sabía quién venía y qué traía.

—¿Cómo está la chica más guapa e inteligente de Pociego, eh?— soltó de corrido Gema dándole un beso

—¡Tía Gema! ¡Qué sorpresa!

—Hola Jeru— saludó con su voz grave Tomasín

—Pasad que estaréis empapados— había notado el contacto húmedo del pelo de su tía en la cara. Una tormenta de calor estaba descargando sobre el pueblo con toda su furia.

De repente como un millón de minúsculas gotas en sucesivas oleadas impactaron en la cara de Jerusalén, seguidas de dos cortos y secos ruidos que creyó identificar como estornudos.

“¿Estornudos? seguro que no, o...”

Dio un paso atrás sin comprender lo que sucedía. No se podía imaginar a Gema sacudiendo la cabeza en su cara, de aquella manera. El repentino silencio que se apoderó de todos ellos no le pasó desapercibido.

Pasó una mano por su rostro aún sin comprender de dónde había partido esa suave pero intensa sacudida de agua. Sin duda no había sido su tía.

“¿Entonces?”

Al observar que nadie decía nada, entendió que para los mayores significaba otro juego que ella debía adivinar, como cuando era pequeña. Parecía que no se habían dado cuenta de que ya tenía diez años.

—¿No sabes que es lo que te ha salpicado?

El tono travieso de su tía se coló en sus oídos. Sin duda querían que jugara.

—Pues...no. Se me pasó por la imaginación que te estabas sacudiendo el pelo, pero ¡No me lo podía creer!— soltó con una exagerada expresión de asombro con sus enormes ojos negros abiertos todo lo que daban de sí.

—¿Sacudirme la cabeza en tu cara?!— exclamó sorprendida y sin poder aguantarse la risa— ¡Qué cosas tienes, Jeru!

—Venga, no me hagas rabiarse más y dime qué ha sido eso. ¿Un pulverizador, verdad?

—Algo así. Estira el brazo.

Gema acercó a la pequeña perra de tres meses que observaba curiosa esa mano que se aproximaba hacia su hocico. En cuanto estuvo a la distancia apropiada extendió la lengua y le dio un lametón de bienvenida.

—Pero...— instintivamente, Jeru retiró su mano como si hubiera recibido una descarga. Acto seguido volvió a estirar el brazo. Una sonrisa comenzaba a dibujarse en su rostro.

—Creo que el pulverizador me ha lamido...— musitó divertida.

Otro lametón más, y la mano de Jeru se deslizaba por la cabeza mojada de la pequeña perra que no dejaba de olisquearla.

—¡Tenéis un perro! ¡Déjamelos!

—¿Te gusta?— quiso saber su tía.

—Eso ni se pregunta— señaló mientras tomaba asiento en el suelo con el cachorro entre sus piernas— ¿Cómo se llama?

Serafín, Gema y Tomasín no las tenían todas consigo. Era necesario que la niña se viera ilusionada y capacitada para enseñar al perro. Haría falta mucha paciencia y la ayuda de su padre y de los tíos.

—¿Cómo se llama?— insistió sin dejar de acariciarla.

—Verás, hija.

Durante los siguientes minutos tanto su padre como sus tíos le pusieron al día de los distintos viajes que habían realizado a Madrid para obtener toda la información posible sobre los perros que habían ayudado a personas con diferentes problemas. Jerusalén asistió en silencio a cada explicación, tomando buena nota de todo lo que oía. Primero su padre, luego su tío y por último Gema fueron leyendo cortos párrafos de un informe que recomendaba los pasos a seguir para obtener los mejores resultados.

—¿Es para mi tranquilidad o para la tuya, papá?— quiso saber sin abandonar la suave sonrisa de su cara, con la mirada en ningún lugar concreto. Como si su punto de enfoque estuviera más allá de esas cuatro paredes entre las que se encontraban. Como si viera con la mente, sin necesidad de ojos para percibir lo que sucedía a su alrededor.

—Para mí sin duda, hija. Pero la primera que tiene que estar segura eres tú. Si no tenemos éxito con ella, se convertirá en una carga, más que en una ayuda. ¿Lo entiendes?

—No te pongas tan serio, Serafín— intervino Gema, dándole a suave manotazo en el hombro— piensa que vendrán una par de veces para supervisar los progresos.

—Sí, lo sé...— afirmó levantando una ceja en dirección a su hija.

—¿Me vais a decir cómo se llama?

Los tres mayores se miraron entre sí.

—Ponle tú un nombre.

—Vale, pues... ¡ya lo tengo!— señaló satisfecha— Puesto que tiene un trabajo que hacer con una chica ciega como yo, la llamaré ¡Lucia!

Los primeros meses no fueron fáciles. Lucia se empeñaba en jugar entre los pies de Jeru. Serafín se estaba planteando abandonar el experimento y regalar a la perra. Sin embargo, unas pocas semanas después, coincidiendo con la primera

y única visita que recibieron de Madrid para instruirles con el aprendizaje de Lucía, los paseos de Jeru y la perra comenzaron a ser diferentes. Parecía como si hubiera entendido que había momentos para juegos y otros momentos en los que debía cuidar de su ama y vigilar por dónde iban. De alguna manera, Lucía había comprendido que debía convertirse en los ojos de Jeru, y velar por ella, porque sentía que su ama era diferente. Necesitaba su ayuda y se la iba a otorgar sin lugar a dudas.

Desde ese momento, Jerusalén y Lucía se convirtieron en la pareja más famosa de Pociego. Donde iba una marchaba la otra. Pasada la novedad de los primeros días de clase, la perra se tumbaba junto a los pies de su ama sin dejar de levantar la vista en su dirección en cuanto veía que ésta se movía. Durante unas semanas optó por dejarla fuera de la escuela, junto a la puerta, para que pudiera tomar el aire y estuviera más tranquila.

No fue una buena idea.

Lucía comenzó a ganar peso sin que Jeru supiera a que era debido. Hasta que un día al salir de clase lo comprendió todo.

—Toma, Lucía— oyó una voz conocida de niño

—¿Te gusta esto?— quiso saber otra.

—¡Pero bueno, chica lista!— exclamó Jerusalén haciéndose la enfada con la perra— Con razón luego no quieres cenar. No le deis de comer que está engordando y se cansará más ¿vale, chicos?

Para asegurarse de que no volvería a ganar peso en los próximos días, la dejó en clase junto a sus pies.

Llevaban un año y medio juntas cuando una tarde, la tía Gema entró en la farmacia asustada porque su sobrino Ramiro, si saber cómo, se había quedado enganchado en una valla que rodeaba la granja, cerca de donde estaban los cerdos, y se había desfigurado la cara por completo.

Jeru y Lucía iban a tener pronto un nuevo amigo.

Ramiro Estévez.

